

UNA ENTREVISTA A LUIS RIBOT

AN INTERVIEW WITH LUIS RIBOT

David Martín Marcos¹

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfiv.36.2023.38498>

El verano se hace sentir inmisericorde desde hace semanas en buena parte de la Península, pero la ciudad de Soria, a más de mil metros de altitud, es más que nunca un magnífico refugio frente a las altas temperaturas. Allá en las tierras altas, por donde traza el Duero machadiano su curva de ballesta, Luis Ribot (Valladolid, 1951) ha organizado, como actual titular de la Cátedra Luis García de Valdeavellano, de la Fundación Duques de Soria, el curso «Letras en batalla. Historia política de la cultura hispana entre Barroco e Ilustración», entre los días 4 y el 6 de julio. Es un buen momento para reflexionar sobre el pasado y también para reencontrarse con algunos colegas y amigos con los que este profesor, catedrático emérito de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, ha convivido a lo largo de más de cuarenta años de carrera universitaria. En un hueco, entre ponencia y ponencia, responde amablemente a mis preguntas en el agradable claustro del convento de la Merced. Durante la conversación, en una platea improvisada junto a un arco de medio punto, pasa revista a una trayectoria singular, que le ha valido el reconocimiento de sus compañeros de profesión, y desvela interesantes planes para el futuro, porque muy probablemente uno nunca deja de ser historiador.

David Martín Marcos [DMM]: ¿A qué edad descubriste tu interés por la Historia? Conozco a mucha gente que cuenta que su familia se opuso a que estudiaran Humanidades y que tuvo que vencer serias resistencias para poder hacerlo, ¿fue eso lo que encontraste en tu entorno?

Luis Ribot [LR]: En mi caso hubo elementos contradictorios. De una parte, el ambiente de mi casa, claramente favorable. Mi padre era catedrático de Geografía Económica de las antiguas Escuelas de Comercio, y en su despacho había muchos libros de geografía, historia, arte o literatura, que incitaron mi curiosidad. De otra, el consejo de varios de mis tíos de que un buen estudiante, como era yo, hiciese una carrera que le facilitara una buena posición económica y social, especialmente Derecho. El círculo social en el que yo me movía no era propicio a la carrera de Letras. De los diecinueve alumnos que terminamos el Preuniversitario en los jesuitas de Valladolid, fui el único que se matriculó en Filosofía y Letras; el resto lo hicieron en Derecho, salvo tres o cuatro en Medicina. Aún recuerdo la frase de uno de los curas del colegio, amigo de mis padres, cuando se enteró. «Se morirá de hambre», les dijo.

1. UNED; dmartinmarcos@geo.uned.es; ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1270-4163>

Pasados los años, no ha dejado de sorprenderme la determinación que tuve entonces, siendo como soy una persona dubitativa. Probablemente lo que más influyó en mí fue el apoyo de mi padre quien, en los últimos cursos del bachillerato, comentaba mi facilidad por las asignaturas de Historia, en las que tuve siempre muy buenas notas.

DMM: Estudiaste la carrera en tu Valladolid natal, ¿cómo era el ambiente universitario en esa ciudad en los años setenta?

LR: Yo hice la carrera entre 1968 y 1973, unos años difíciles porque estábamos en el final de la dictadura, y la universidad constituía uno de los focos más claros de oposición. Eran frecuentes las asambleas, las huelgas, las detenciones... En 1969 vivimos un estado de excepción. Con todo, y pese a tales circunstancias, la Facultad de Filosofía y Letras de Valladolid contaba con un buen plantel de profesores, a los que debo en buena medida mi formación, y la exigencia académica no era pequeña.

DMM: Algunos de tus primeros trabajos están relacionados con la historia de las infraestructuras; la construcción del camino de Valencia en el siglo XVIII es, si no me equivoco, el tema de tu tesis de licenciatura...

LR: En el curso de la carrera, y una vez que, después de los dos cursos comunes, me orienté hacia Geografía e Historia y, más en concreto a la especialidad de Historia Moderna, fui conociendo a los distintos profesores y, cuando tuve que elegir al que habría de dirigir mis investigaciones, opté por Luis Miguel Enciso Recio, que era el catedrático y quien me parecía más atractivo tanto profesional como personalmente. Él era un especialista en el siglo XVIII y, desde su llegada unos años antes a la cátedra vallisoletana, había seleccionado una serie de temas de investigación basados en la documentación del Archivo de Simancas. Algunos de ellos ya habían sido elegidos por discípulos suyos anteriores a mí y, entre los que quedaban libres, elegí la construcción del camino entre Madrid y Valencia en tiempos de Carlos III. Fue una investigación interesante, que me permitió además una especie de trabajo de campo, pues hice un viaje en coche con mis padres recorriendo el itinerario de tal camino, buscando junto a la carretera actual las huellas del pasado, parando en los restos de las antiguas posadas... En cualquier caso, me interesaba bastante más la época anterior, la de los Austrias, a la que comenzaría a dedicarme en la tesis doctoral.

DMM: En tus primeros años, en todo caso, trabajas temas muy variados y con metodologías muy diversas: te ocupas de la composición de las milicias en Castilla, de los rendimientos de la tierra en determinadas zonas del valle del Duero y participas en obras colectivas sobre el pasado de Valladolid y la recién creada autonomía de Castilla y León. Pero, sin embargo, pronto pones tu mirada en Italia ¿Qué lleva a un historiador español en los años setenta a fijarse en la península Itálica en una época en la que *toda* la Historia nos llegaba de Francia y en la que abundaban los estudios regionales o locales?

LR: En realidad, es al revés. Concluida la tesis de licenciatura, empecé a investigar en el tema elegido para la tesis doctoral, que me hizo especializarme, entre otras cosas, en la historia de la guerra, lo que explica trabajos posteriores como el de la composición de las milicias y otros. El interés por cuestiones relativas a la historia de Castilla y León, o de Valladolid, es una consecuencia del ambiente que se vivía en los años en que se constituye la autonomía de Castilla y León, en los que existía una elevada demanda de conocimiento histórico en relación con dicho territorio, que generaba encargos editoriales diversos. En cuanto a Italia, mi interés por ella fue esencialmente el resultado de la confluencia de dos inclinaciones. De una parte, la de Luis Miguel Enciso, siempre entusiasta de la historia y la cultura italianas y, de otra, el atractivo que ejercía sobre mí la historia de las rebeliones y levantamientos sociopolíticos. Él se orientaba más hacia la Italia borbónica del siglo XVIII, que a mí entonces me interesaba menos. Al final, busqué fuentes en Simancas y localicé un amplio fondo documental sobre la revuelta y la guerra de Mesina en los años setenta del siglo XVII, con lo que encontramos un punto de encuentro entre las tendencias de ambos. La historia regional y local me atraía menos. Siempre me gustó la historia política pese a estar entonces en horas bajas, y la investigación de un tema italiano ofrecía el aliciente de las becas y ayudas que me permitirían pasar en Italia largas temporadas de trabajo. Me animó también el precedente de Miguel Ángel Alonso Aguilera, que había acabado un curso antes que yo y estaba entonces allí, investigando para una tesis sobre la conquista y el dominio español de Cerdeña y Sicilia en la segunda década del siglo XVIII, que desgraciadamente no terminaría, pues murió de leucemia a los 26 años.

DMM: Supongo que tus constantes jornadas de trabajo en el Archivo General de Simancas pudieron ayudar a fijar ese interés por un horizonte internacional. Tengo entendido que en aquellos años los jóvenes de la Universidad de Valladolid estabais muy al tanto de lo que se cocía entre la historiografía internacional gracias a ese archivo. Todo el mundo ha pasado por Simancas...

LR: Como tú sabes muy bien, la experiencia del archivo de Simancas es extraordinaria. Lo es la de cualquier archivo, pero el caso de Simancas es único. No solo por la amabilidad de los archiveros y el conjunto de su personal, sino también por el ambiente especial que se crea entre los investigadores de distintas procedencias y países, que te permite conocer y tratar a muchos historiadores. La amistad con varios de mis compañeros de profesión, españoles y extranjeros —algunos muy ilustres—, se ha cimentado en las jornadas de investigación en Simancas. Además, en los años en que Luis Miguel Enciso permaneció en Valladolid, antes de trasladarse a la Universidad Complutense en 1980, estableció la costumbre de organizar reuniones en el departamento, seguidas de cenas, con las gentes de algún interés que aparecieran por el archivo, lo que nos facilitó el trato con personajes muy variados.

DMM: ¿Cuándo comenzaste a dar clases en la Universidad? La tuya ha sido una carrera meteórica. Pasaste por el CSIC, fugazmente por la Universidad del País

Vasco, y con 36 años ya habías alcanzado la Cátedra. ¿Cómo conseguiste ese logro tan rápidamente?

LR: Nada más concluir la carrera, en 1973, me incorporé al departamento de Valladolid —entonces de Historia Moderna y Contemporánea— gracias a una beca de investigación del Ministerio, que exigía haber tenido un muy buen expediente académico. Lo curioso es que los mejores alumnos entrábamos con beca de tres años —que incluía una dotación para el Departamento— y los elegidos por los catedráticos que no tenían tan buen expediente eran contratados directamente como ayudantes, lo que a la larga les beneficiaba frente a los becarios. Conviene recordar que los catedráticos, que eran muy pocos, poseían entonces un poder enorme. Hacían y deshacían. Alguno de los que me dieron clase se presentaba en el aula escoltado por adjuntos o ayudantes, que asistían impertérritos a su lección. En los primeros años setenta disfrutaban además de cierta disponibilidad de plazas, lo que facilitaba su discrecionalidad para incorporar gentes a los departamentos. En 1976, sin embargo, cuando terminó mi beca, la cosa había cambiado y ya no había plazas en Historia Moderna, por lo que hubiera tenido algún problema de no ser por la trágica desaparición de mi amigo Aguilera que, el año anterior, al concluir su beca, había ocupado una ayudantía.

Tanto los becarios como los ayudantes de entonces dábamos clase aunque, al menos en los primeros años, no teníamos ningún curso a nuestro cargo, sino que hacíamos sustituciones, impartíamos clases prácticas, etc. Como decía con buen humor Aguilera, estábamos preparados para quitarnos el chándal y salir al campo cuando fallaba alguno de los profesores; con el tiempo, sin embargo, nos fueron confiando tareas más exigentes, como el dar partes de una asignatura. En los años setenta y primeros ochenta existía en la universidad española el problema de los llamados penenes (profesores no numerarios: PNN), que éramos un grupo muy numeroso frente a la escasez de los numerarios. Las reivindicaciones de los penenes fueron incrementándose y darían lugar a una solución generalizada en la Ley de Reforma Universitaria (LRU) de 1983. Hasta comienzos de los setenta solo había oposiciones de agregados, los cuales podían pasar luego a catedráticos, siempre que aceptaran trasladarse a una plaza disponible en otra universidad. Fue entonces cuando empezó a resolverse el problema de los penenes con la creación del cuerpo de Adjuntos, en el que entraron directamente, en una primera hornada, todos los que llevaban un número determinado de años como interinos. Después, comenzó a haber oposiciones, la primera de ellas restringida a los que acumulaban un tiempo de interinato, aunque no el suficiente para haber entrado en la llamada «promoción del cabezazo», porque todo lo que tuvieron que hacer fue ir a un acto en el Teatro Real de Madrid en el que juraron lealtad al Movimiento, como se exigía en el régimen de Franco a todos los que ingresaban como funcionarios.

Aunque muchos de los PNN no se inscribían en las oposiciones, esperando una solución que al final llegaría, otros muchos comenzamos a prepararlas. En 1982 nos presentamos más de cuarenta opositores para cuatro plazas, aunque en realidad dieron ocho, pues era frecuente aprobar un número superior, sabedores los tribunales de que, posteriormente, las universidades resolverían la situación de los que habían superado sin plaza la oposición.

Yo fui el primero de las cuatro plazas convocadas, pero éstas eran teóricas, pues luego tenían que hacerse efectivas. Me ayudó para ello Julio Valdeón, decano de Filosofía y Letras de Valladolid y posteriormente buen amigo mío, quien decidió sin dudar que fuéramos juntos a visitar al rector, Justino Duque, catedrático de Derecho Mercantil, el cual se comprometió a crear la plaza, como acostumbraba a hacerse siempre que algún miembro de la universidad ganaba una oposición. Pronto empecé a prepararme para opositar a agregado, aunque la ley de 1983 cambió el sistema. No solo convirtió *sur place* a todos los agregados en catedráticos —para monumental enfado de muchos de quienes se habían trasladado para acceder a dicha condición— sino que estableció nuevos sistemas de concurso-oposición tanto para catedráticos como para titulares, denominación nueva establecida para los adjuntos. Yo empecé a firmar las oposiciones de cátedras que se convocaban en distintas universidades, a la espera de saber —como era habitual— si la composición de los tribunales me daba más o menos opciones. Me presenté así en 1986 a la de Sevilla, cuya plaza fue para Antonio García Baquero después de una negociación conmigo de tres de los cinco miembros del tribunal, que se inclinaban a votarme pese al ambiente muy cargado en favor del candidato local, cuyos méritos eran, por otra parte, evidentes. Aunque en los momentos previos a la resolución final, que dejaron en mis manos, entendí el significado de la expresión evangélica «sudar sangre», el resultado me hizo ganar para el futuro la voluntad de los catedráticos que apoyaban a Antonio, lo que contribuyó a reforzar mi posición en la plaza que se convocó unos meses después, en la Universidad del País Vasco, que gané en 1987. Tenía solo 36 años, pero la razón por la que llegué pronto a la cátedra estuvo, de una parte, en el hecho de que en aquella época era posible —hoy no lo sería—, de otra en mi decisión de presentarme a las plazas que se convocaban, cosa que no entendían algunos de mis colegas, que esperaban tranquilamente a que les crearan una en su propia universidad. Dio la casualidad de que aquel año se jubilaba en Valladolid José Luis Cano de Gardoqui, lo que me permitió solicitar comisión de servicios y, en 1988, tras un concurso de méritos, ocupar la cátedra vallisoletana.

Mi vinculación al CSIC es, en realidad, una historia paralela. Siempre tuve clara la preferencia por la universidad, pero el deseo de tener una posición segura —en el que influyó la experiencia de mi padre que, en los difíciles años cuarenta, tuvo que hacer varias duras oposiciones de cátedras de instituto y de escuelas de comercio antes de lograr una plaza— me llevó a presentarme en 1981 a una oposición para colaborador científico del CSIC, con destino en Barcelona. La plantilla —numeraria y no numeraria— de dicho organismo era muy escasa, hasta el punto de que en Barcelona no había nadie de Historia Moderna, por lo que quien dirigía aquella especialidad era Pere Molas, catedrático de la Universidad. La plaza —equivalente a las actuales de científico titular— la habían firmado varios ayudantes de su departamento universitario, pero al final me presenté solo, lo que no me eximió de realizar una serie de exigentes ejercicios ante un tribunal de cinco miembros. Por fortuna, y gracias a la generosidad de Molas —quien sería desde entonces uno de mis buenos amigos dentro de la profesión— pude compaginar las estancias en Barcelona con el mantenimiento de una vinculación mínima con el Departamento de Valladolid. Tras varios meses, sin embargo, y cuando ya se vislumbraban las oposiciones de adjunto,

opté por solicitar la excedencia y reincorporarme íntegramente a mi ayudantía. Años después, siendo ya adjunto, convocaron un concurso de méritos para acceder a la condición de investigador científico, lo que resultaba muy cómodo pues no había más que presentar el currículum específico que solicitaban. De hecho, me enteré de que el resultado había sido positivo al regresar de una estancia de trabajo en Italia. En este caso, solicité directamente la excedencia, aunque no desechaba la idea de incorporarme posteriormente al CSIC de Madrid en el caso de que no me fuera bien en las ya cercanas oposiciones a cátedras. Además de otros apoyos, en aquel concurso de méritos, como en varias oposiciones y momentos claves de mi vida académica, conté con el respaldo de José Alcalá-Zamora, que fue siempre para mí un historiador admirado y un amigo constante.

DMM: Hay un momento de tu carrera en el que comienzas a preocuparte por una dimensión pública de la Historia. Actúas como comisario de varias exposiciones que te llevan un poco por todo el mundo. Eso es ya en la década de 1990. ¿Es un tiempo de fastos?

LR: Los noventa, así como buena parte de los ochenta y los primeros años del siglo actual, hasta la crisis iniciada en 2008, fueron efectivamente un tiempo de fastos, algo difícil de entender en la actualidad, pero que hay que situar en las circunstancias de entonces. En mi caso, no fue únicamente el comisariado de exposiciones, sino la participación en sociedades públicas o estatales como segundo de mi maestro y amigo, Luis Miguel Enciso. En 1987, meses después de conseguida mi cátedra y cuando Aznar acababa de formar gobierno en Castilla y León, el consejero de Cultura y Sanidad, Javier León de la Riva quien, como profesor de la Facultad de Medicina, conocía mi gestión desde 1983 al frente del Secretariado de Publicaciones de la Universidad, me ofreció la dirección general de Cultura y Patrimonio. El problema era que el partido —entonces Alianza Popular— no me gustaba, y tampoco el tener que dejar temporalmente la universidad en los que habrían de ser mis comienzos como catedrático. El caso es que lo rechacé, aunque me quedó cierta insatisfacción al pensar en la experiencia vital que podría haberme supuesto. Tal vez por ello —y sin duda por la relación con Enciso, que fue quien me nombró— acepté cuando en 1993 me propuso ser vicepresidente de la Sociedad Pública para la conmemoración del Quinto Centenario del Tratado de Tordesillas, y en 1996 vicecomisario del pabellón español en la Expo de Lisboa de 1998. Las dos experiencias fueron excepcionales y me permitieron acceder a esferas muy distintas a la de la universidad. Sin duda alguna, me enriquecieron, otorgándome un mayor conocimiento del mundo, las personas y la gestión. En ambas, además de otras muchas actividades, me ocupé de las cuestiones culturales: congresos, exposiciones, publicaciones... que me hicieron tratar a gentes muy variadas, incluidos numerosos políticos, embajadores, diplomáticos, directores y actores de cine y teatro, artistas, escritores...

En cuanto a las exposiciones, y aunque en tales cargos estuve detrás de la organización de muchas, la experiencia más apasionante ha sido el comisariado de dos que, curiosamente, no tuvieron que ver con ninguno de ellos. La primera, titulada «Felipe II. Las tierras y los hombres del rey», que se celebró en Valladolid y fue una de las tres

grandes —junto a las del Escorial y el Museo del Prado— organizadas por la Sociedad Estatal que conmemoraba el centenario de la muerte de aquel monarca vallisoletano. La otra, sobre «Isabel la Católica» y en la que compartí el comisariado con el profesor Ángel Alcalá de la Universidad de Cornell, la hizo en la sede del Instituto Cervantes de Nueva York el Instituto Universitario de Historia «Simancas», que dirigía entonces Julio Valdeón, con el generoso patrocinio del empresario mexicano don Antonino Fernández. Comisariar una exposición es una actividad maravillosa a la que tienen acceso algunos de nuestros colegas de Historia del Arte, aunque no solemos hacerlo los historiadores generales. No se trata solo de seleccionar las piezas —ayudado por un grupo de expertos—, sino también de solicitarlas —en muchas ocasiones viajando a los lugares más variados—, organizar los complicados aspectos técnicos (diseño, seguros, traslados, montaje, etc.), preparar la confección y edición del catálogo... Para todo ello hay que poner en funcionamiento y coordinar amplios equipos de personas. Es un trabajo grande, largo e intenso, pero todo se da por bien empleado si el resultado es bueno. La exposición de Valladolid, abierta desde el 20 de octubre de 1998 al 10 de enero del año siguiente, tuvo muy buenas críticas y fue visitada por un total de 80.000 personas. La de Nueva York, de menor envergadura, tuvo lugar entre el 10 de junio y el 11 de julio de 2004 y fue vista por más de tres mil visitantes.

DMM: Mientras dirigías el Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico de la Universidad de Valladolid, fuiste uno de los profesores que puso en marcha el Instituto Universitario de Historia Simancas, en la Universidad de Valladolid. Poco después, desde el año 1995, fuiste su director durante más de siete años ¿cómo fue esa experiencia?

LR: Fui director del Instituto desde 1995 hasta 2002. Antes y desde 1987, había sido miembro de la comisión gestora encargada de ponerlo en marcha, integrada también por los profesores Ángel García Sanz, Teófanos Egido e Isabel del Val. Mis años como director fueron los de la consolidación del Instituto, que incrementó sus actividades y publicaciones, gracias en buena medida a que, con la ayuda inestimable de la profesora Elena Maza, secretaria académica, conseguimos un notable incremento de la financiación a través de diversos convenios, el más importante de los cuales fue el que establecimos con el empresario leonés afincado en México D. Antonino Fernández, interesado en la promoción de los estudios sobre Isabel la Católica, que nos permitió, entre otras cosas, llevar a cabo un importante proceso de internacionalización, con cursos en México, Buenos Aires, Santiago de Chile o Lima. También en este caso influyó la época. La Ley de Reforma Universitaria de 1983 (LRU), que creó los institutos universitarios, les daba una gran capacidad de desarrollo, situándolos al nivel de centros como las facultades, por encima de los departamentos. Ello, no solo permitía integrar a todos los profesionales de la historia de cualquier facultad, sino que otorgaba a los institutos una gran autonomía. Por desgracia, los cambios legales posteriores han cercenado buena parte de la autonomía de los institutos universitarios, que carecen hoy de las posibilidades que tenían entonces.

DMM: ¿Qué hay de tu incursión en la política universitaria en Valladolid? ¿Qué te llevó a presentarte a las elecciones a rector del año 2002? Lo haces además al poco de que la LOU hubiese entrado en vigor.

LR: Hubo detrás un amplio grupo de catedráticos y profesores, no demasiado contentos con la política desarrollada por el rector, quien se presentaba a la reelección. Creo que se fijaron en mí por la buena imagen que me habían creado mis experiencias de gestión, tanto en la Universidad (Secretariado de Publicaciones, Instituto Simancas), como en la Sociedad Pública del Tratado de Tordesillas o el pabellón español de la Expo de Lisboa. Yo tuve muchas dudas pero, al final, decidí presentarme, impulsado por mi dedicación de toda la vida a la universidad y las posibilidades que yo veía de mejorar algunas cosas. Aquella experiencia fue bastante exigente, aunque aprendí mucho sobre la vida y las personas. La campaña resultó agotadora, pero estimuló mi capacidad dialéctica, obligado a responder, en las distintas facultades y escuelas, a las preguntas, con frecuencia insidiosas, de quienes no estaban dispuestos a votarme. El rector consiguió la reelección, aunque yo fui el primero en varios centros y obtuve un buen resultado. En todo ello influyó la presencia de un tercer candidato, alguien que se había presentado ya varias veces y que carecía de posibilidades, aunque resultó muy útil para quitarme votos.

DMM: A partir de 2005 decides trasladarte a la Universidad Nacional de Educación a Distancia. ¿Qué encontraste en esta universidad?

LR: Siempre he sido bastante clásico en mi forma de entender la vida universitaria: oposiciones libres, traslados, etc. Por otra parte, la idea de permanecer toda la vida en la misma universidad no me gustaba demasiado. Me atraía además Madrid, con todas sus posibilidades, dentro y fuera del mundo universitario. Pero no resultó fácil. Yo en Valladolid estaba muy bien, después de treinta y dos años como profesor, por lo que tuve mis dudas. Durante algún tiempo eché de menos las clases, que siempre me gustaron, y el contacto directo con los alumnos. Sin embargo, de pocas decisiones de mi vida estoy más satisfecho. En la UNED he encontrado un extraordinario grupo humano, tanto en el Departamento como en la Facultad de Geografía e Historia y en el conjunto de la Universidad; he conocido y desarrollado formas de enseñanza distintas a las de las universidades presenciales; he podido visitar, gracias a los exámenes, numerosos lugares, en España, Europa y otros continentes; y he continuado mi actividad como director o participante en diversos proyectos de investigación. He contribuido, además —y es de lo que me siento más orgulloso— a impulsar las carreras académicas de varias personas y a configurar el departamento, en mayor medida de lo que hubiera podido hacer en Valladolid.

DMM: Muchos de mi generación, aprendimos mucho de historia y de historiografía gracias a tus reseñas. Por ejemplo, las muchas que publicaste en el suplemento *El Cultural*. ¿Es un arte la reseña que se ha visto perjudicada en los últimos tiempos por una suerte de buenismo?

LR: El buenismo es difícil de evitar, porque una mala crítica suele ganarte un enemigo, lo que obliga muchas veces a hacer equilibrios en el texto. En más de una ocasión rehusé hacer alguna reseña, explicando a la directora de *El Cultural*, Blanca Berasategui, que la cantidad que me pagaban no compensaba el aumento de mis adversarios. Cuando empecé a hacer reseñas, en 2002, eran varios los periódicos de difusión nacional que incluían en sus suplementos culturales reseñas de historia hechas por historiadores. Con el tiempo, sin embargo, los periódicos han ido reduciendo, e incluso eliminando, tales reseñas. Es evidente que les interesa menos la historia. Lo peor es que, en algunos casos, han introducido como reseñadores casi exclusivos a periodistas poco conocedores del mundo específico de la historiografía, lo que redundaba en el interés y calidad de lo que escriben.

DMM: En el año 2010 ingresas en la Real Academia de la Historia y allí, aunque eres un historiador más que consolidado y reconocido —eras ya Premio Nacional de Historia con un libro sobre la Guerra de Mesina—, resultas ser un junior entre tus colegas académicos. ¿Cómo es la relación de la Academia con la sociedad y con el mundo universitario en la actualidad?

LR: La Academia se crea en 1738, hace casi tres siglos, en una España muy distinta a la actual. Durante mucho tiempo, junto a gentes de la universidad, sobre todo y por razones prácticas la de Madrid, las Academias —no solo la de la Historia— se nutrían de políticos, nobles, eclesiásticos y militares destacados, diplomáticos... Actualmente está mucho más vinculada con la universidad y la investigación histórica, pero el número de profesores e historiadores de mérito desborda ampliamente sus posibilidades, por lo que la elección de los académicos es hoy mucho más compleja, vinculada en buena medida a las necesidades de dicha institución y a un cierto equilibrio entre las distintas áreas y especialidades. Pertenecer a ella es un honor, no exento de trabajo y responsabilidad, pues además de los derivados de los cargos unipersonales y las variadas comisiones, requiere la asistencia a las juntas ordinarias que se celebran todos los viernes por la tarde o la participación en los diversos actos que se convocan. La Academia es imprescindible para la investigación, gracias a su extraordinaria biblioteca, que incluye un importante archivo documental; posee también una muy buena colección de objetos artísticos de la más variada índole y diversas épocas, incluida una selecta colección de pinturas. Como institución, sigue dedicada a su misión fundacional de fomentar y difundir el conocimiento de la historia de España. Entre sus actividades destacan los frecuentes ciclos de conferencias —que cuentan con un público abundante y cuyas grabaciones en video están disponibles dentro de la página web de la Academia, en la pestaña de «Recursos Formativos»—, las publicaciones —incluido el *Boletín*, ahora cuatrimestral e iniciado en 1877— o el mantenimiento de la que ha sido su principal realización en sus casi tres siglos de historia, el imprescindible *Diccionario Biográfico Español (DBE)*, que cuenta con más de 50.000 entradas y puede consultarse íntegramente *online*. Actualmente tiene más de quince millones y medio de usuarios de numerosos países, con una media mensual de 288.000 consultas. Hace seis meses se presentó además el *Portal de Historia Hispánica*, una

plataforma que geolocaliza acontecimientos y personajes de la historia de España, y que ha recibido ya casi medio millón de consultas, procedentes de 194 países.

DMM: Otra de tus facetas como historiador —ésta más relacionada con la docencia— tiene que ver con los manuales que han formado a generaciones de estudiantes. Colaboraste, por ejemplo, en obras de naturaleza colectiva, como el manual de *Historia Moderna Universal* dirigido por Alfredo Floristán, y también coordinaste a equipos de historiadores, como en *Historia del Mundo Moderno*, la obra editada por la editorial Actas, para pasar a escribir como autor único *La Edad Moderna (siglos XV-XVIII)*, editada por Marcial Pons.

LR: Muchos historiadores hemos escrito capítulos para determinados manuales universitarios y, en algún caso, coordinado alguno de ellos, como hice yo en la *Historia del Mundo Moderno* (1992). A lo largo de mis años como profesor tenía la idea de ir acumulando material (temas para las clases, notas de lecturas, etc.) con la idea de publicar, al final —es decir, cuando tuviera la experiencia suficiente— un libro sobre la Edad Moderna en su conjunto. A ello me dediqué como actividad prioritaria durante algo más de cuatro años, y en 2016 Marcial Pons publicó la primera edición de mi libro, que ha sido seguida, hasta el momento, por otras seis, a medida que se van agotando las anteriores. En cada nueva edición se me permite corregir los errores detectados e introducir pequeños cambios, siempre que no alteren la paginación. Con el tiempo —y en ello me ha ayudado la precisión de las reseñas, que me obligaba a ceñirme a un número determinado de palabras— me he convertido en un experto en corregir o matizar algo, limitándome a la cantidad de palabras y/o caracteres del texto anterior.

DMM: Ahora eres catedrático emérito en el departamento de Historia Moderna de la UNED, tras más de cincuenta años trabajando en la Universidad española. ¿Qué te traes entre manos? Tengo entendido que estás trabajando en una obra sobre Carlos II.

LR: Se trata, una vez más, de ideas concebidas a lo largo de los años. En este caso la de escribir, también desde la madurez, una historia del reinado de Carlos II, que ha centrado buena parte de mis investigaciones desde la tesis doctoral. Hace ya algunos años, mi admirado historiador, el napolitano Giuseppe Galasso, me pidió que lo hiciera, aunque para hacerlo entonces yo hubiera debido tener una facilidad cercana a la suya para escribir, sabia y abundantemente, sobre las muchas cuestiones históricas que le interesaban. Desde hace algo más de tres años vengo ocupándome de ello, y he de decir que el trabajo está ya bastante avanzado. Me ha requerido, no solo numerosas reflexiones, relecturas y lecturas nuevas, en un momento en el que la bibliografía sobre aquel reinado —escasa cuando comencé a dedicarme a él— ha crecido enormemente. Hay incluso cierto «exceso de circulación», una inflación de trabajos, con numerosas repeticiones y pocas novedades, debida en buena parte a la necesidad de hinchar el *curriculum* por parte de quienes están abriéndose camino.

DMM: ¿Y otros planes para el futuro?

LR: Los planes son muchos, aunque el tiempo... digamos que es inseguro. Quiero disfrutar de la vida y la familia, viajar —algo que me ha gustado y he practicado siempre—, leer —no solo historia, también literatura, ensayos, filosofía...—; en definitiva, vivir, procurando evitar en lo posible las obligaciones y los horarios. La historia es una pasión intelectual que no se abandona nunca, y así pretendo hacerlo, aunque con moderación.



